

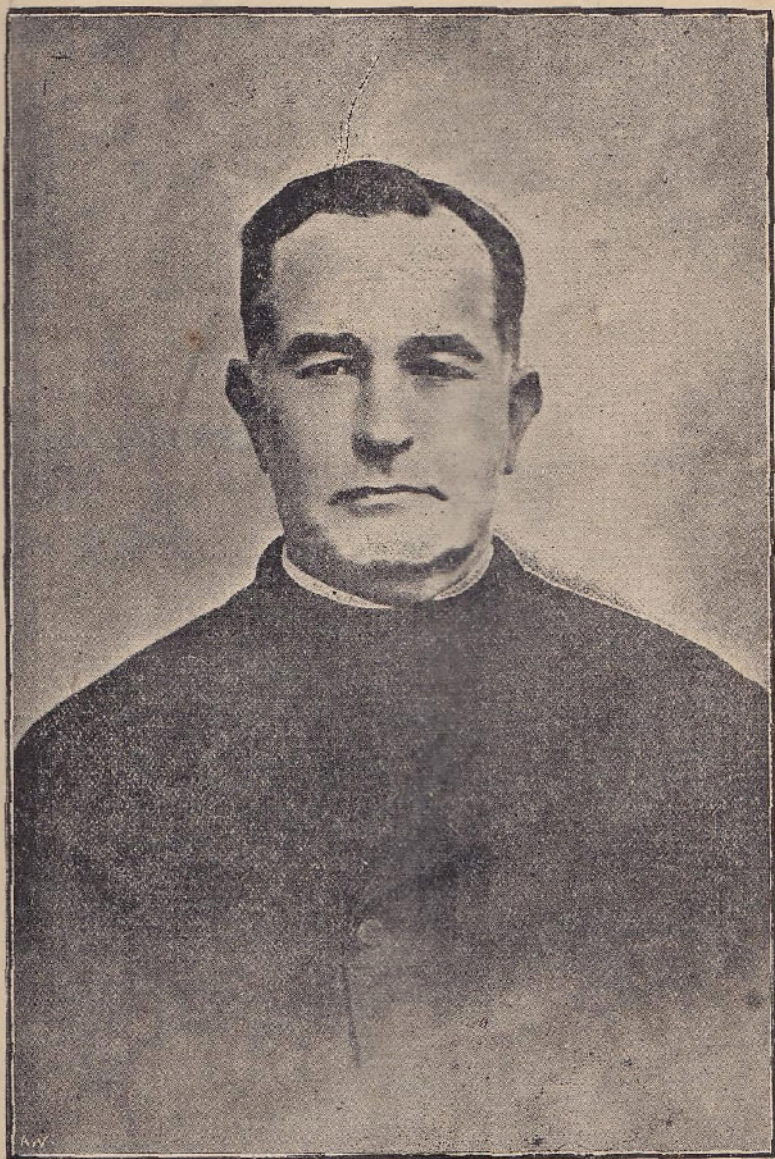
B

Suando. A.
Eusebio Robledo.
Boyota.

HOMENAJE



TIP. CERVANTES SALAMINA.



JOSE JOAQUIN BARCO, Pbro.

1852. 1912.

A la memoria del Presbitero Doctor

JOSE JOAQUIN BARCO

En el quinto aniversario de su muerte.

Salamina, 12 de Diciembre de 1917.



JOSE JOAQUIN BARCO

Nació en la ciudad de Rionegro, Departamento de Antioquia, el 20 de septiembre del año 1852.

Fueron sus padres Eduvigis Barco y Dionisia Angel.

Hizo sus estudios en el Seminario Conciliar de Medellín. Allí regentó algunas cátedras.

El sábado 11 de abril de 1874 le fue conferida la tonsura y las órdenes menores por el ilustrísimo señor doctor José Joaquín Isaza.

Recibió el subdiaconado el 23 de septiembre de 1876. Al día siguiente recibió el diaconado.

En la Capilla del Monasterio del Carmen el 1º de octubre del mismo año le fue conferida la sagrada orden del Presbiterado por el Ilustrísimo señor José Ignacio Montoya.

Por decreto de marzo de 1878 dado por el mismo Prelado fue nombrado coadjutor de Rionegro. El 14 de marzo de 1879 fue nombrado coadjutor de Itagüí. Por decreto del 31 de diciembre del mismo año, expedido por el Provisor y Vicario Pbro. Sebastián Enigdio Restrepo fue nombrado Cura interino de Guarne.

En 1880 por decreto del 10 de diciembre fue nombrado Cura excusador de Salamina.

En la Diócesis de Manizales desempeñó el cargo de Provisor y Vicario General por cerca de tres años.

Murió en Salamina el 12 de diciembre de 1912.



IN MEMORIAM

Este libro—vaso de esencias que el recuerdo vierte sobre sus mudas cenizas—dice de la gratitud de su pueblo; de la gratitud, que es lumbre en los inviernos de la vida, astro para las tinieblas del olvido, y «Sol de Justicia» sobre la tierra ingrata.

Libro de Amor: Porque contiene la fragancia de las flores de su jardín, está perfumado con los frutos de su huerto y orlado con las palmas que sus manos irguieron para hacerse sombra cariñosa en su postrimer morada.

Libro de Dolor: Porque guarda el gemido de las almas desgarradas con su ausencia, el sollozo de los corazones heridos con su muerte y las lágrimas aromadas de los pobres que perdieron con su viaje toda su consolación.

Libro de Fé: Porque el espíritu sumergido en la noción de lo infinito alcanza las irradiaciones de su alma resplandeciente.

Libro de Esperanza: Porque hay un florecimiento de virtud en sus recuerdos y un «castro lácteo de luz que se para inmóvil sobre el estremecimiento de las olas de nuestro mar agitado» y que nos une al través de los cielos con su espíritu glorioso.

Esta corona de Amor, de Dolor, de Fé y de Esperanza se la ofrecen sus hijos: Al Padre bueno, al dulcísimo Pastor; al que abatió a la Soberbia, subyugó a la sórdida Avaricia e hizo recluir en su escondrijo a los Siete pecados capitales, sin más armas que las enseñanzas de la razón, en rudas batallas del espíritu, con el verbo divino y piadoso que fluía de sus labios purificados por la santa caridad.

Que diga el inspirado estro sus virtudes, y exprese la elocuencia el elogio que merece el esclarecido varón que llevó el nombre de José Joaquín Barco; de ese genio que nos enriqueció con sus dones y que, como dice el poeta latino, separó nuestra existencia de las agitadas olas y profundas tinieblas que la rodeaban y la transportó a mar sereno por clara luz iluminado.

Salamina, Diciembre 12 de 1917.

ORACION FUNEBRE

pronunciada por el Pbro. Dr. Luis C. Muñoz
en la Iglesia Parroquial.

CORPORA IPSORUM IN PACE SEPULTA SUNT ET NOMEN
EORUM VIVIT IN GENERATIONEM ET GENERATIONEM (Eclteo
Cap. 44, v. 14).

Sepultado en paz está su cuerpo, pero su nombre vive por todos los siglos.

Lloraba en otro tiempo Israel la muerte del gran Sacerdote Simeón, hijo de Onias, y no encontraba consuelo al verse privado de un Pontífice a cuyos desvelos y sabiduría había debido su felicidad y su gloria; cuando he aquí que un autor inspirado del cielo toma a su cargo mitigar su affixión, presentando el cuadro consolador de sus eminentes virtudes. Lo coloca desde luego entre los hombres ilustres, que dotados de gran talento y sólida sabiduría han eternizado su memoria, haciendo pasar su nombre de generación en generación, y buscando después en la naturaleza mil pinturas vivas y sublimes, se vale de ellas para cantar sus gloriosos hechos. De este modo quedó consolado aquel pueblo afligido, que confiaba en la protección de su pastor, a quien suponía habitar en el seno de Abraham.

No me creo yo, Señores, poseído del poder y de la unción divina que acompañaba al panegirista del pontífice Simeón; pero, séame siquiera permitido valerme de aquel elogio, que parece dictado para apropiarlo a nuestro ilustre sacerdote, pudiéndole aplicar al menos sus primeras palabras, y decirlos para vuestro consuelo: «Ved aquí un sacerdote ilustre, que sostuvo el decoro de la casa del señor durante su vida, y fortificó su templo en los días de su sacerdocio.» Bien conocéis con cuanta naturalidad se pueden aplicar estas palabras a nuestro ilustre difunto, y que no necesito de esfuerzo alguno para presentároslo, sin ofender su modestia, como un sacerdote defensor de la iglesia, y propagador de las glorias del Señor.

Podríamos acaso sellar nuestros labios en estos sublimes momentos sin que recayese sobre nosotros la nota de ingratos a sus especiales beneficios? ¿Nos contentaríamos con ser admiradores en silencio de sus triunfos, y con gravar en el mármol su glorioso nombre? Entonces, Señores, no haríamos diferencia alguna entre los héroes de la religión y los

del siglo, y nos expondríamos a perder la memoria del que tiene derechos adquiridos a que se eternice.

No ignoráis vosotros, que en todos los tiempos ha admirado el mundo hombres de gran fortuna, cuyas brillantes acciones han sido bastantes por sí solas para asombrar al universo: soldados valientes, que han consternado las naciones más poderosas y soberbias, con los felices sucesos de sus expediciones y rapidez de sus conquistas; capitanes famosos que, como el antiguo dominador de los persas, han puesto silencio a la tierra. Mas al querer el mundo eternizar su memoria, no han podido conseguirlo, y todo el brillo de sus acciones y el ruido de sus adelantos han venido a quedar sepultados en el más profundo olvido. Vemos constantemente que por más que el mundo se empeña en inmortalizar la gloria de sus héroes, los soberbios obeliscos que les erige, las primorosas estatuas que les labra se dejan ver con el tiempo carcomidas y deshechas, y las voluminosas historias que les teje, solo sirven para recordarnos que todo en ellos fue orgullo, vanidad y desorden.

Pero en el Santuario del Dios de la verdad sucede todo lo contrario, jamás se oscurecen las glorias de sus héroes, y cuando todo lo arrastra esta rápida serie de momentos que pasan sin cesar, la sólida virtud de aquellos resplandecerá sobre las ruinas del mundo, porque el varón justo permanecerá para siempre». «ET NOMEN EORUM VIVIT IN GENERATIONEM ET GENERATIONEM».

Bien sé que no siempre adquieren los sabios los votos y alabanzas de todo el mundo. Muchas veces aplaude este con prodigalidad a los talentos agradables, cuando apenas se digna honrar a los útiles; y vemos con frecuencia que se alaba con entusiasmo al mérito que consigue agradar, al paso que se mira con una fría indiferencia al que se aplica a instruir. Tampoco ignoro que los hombres no siempre elogiamos aquellos que más admiramos, y que el varón insigne no lo es tanto por su talento, como por sus virtudes; pero cuando las virtudes adornan los talentos y son como sus más preciosos frutos, cuando la virtud hace que las ciencias sean un bien verdadero, dirigiéndolas a fines útiles, entonces el sabio que era estéril asunto del aplauso, se convierte en un tierno objeto del amor y del respeto público; la envidia le perdona sus lucimientos, el género humano se consuela y la religión se complace.

Yo quisiera abrazar en las cortas palabras de mi tema el más cumplido elogio que debe hacerse de este varón eminente, sin disminuir su relevante mérito, pero, sin ensalzarle con la adulación que tan ajena es de este lugar y de estas

circunstancias. Por esto, Señores, lejos de mí recomendar esa ciencia que ensoberbece y que reprueba con tanto vigor el Apóstol; sólo pretendo elogiar la ciencia de la cruz, que es la que constituye al sabio cristiano; y sería inoportuno inspirar la vanidad a la vista de los despojos de la muerte, y en las mismas circunstancias en que una voz muda pero elocuente nos dice a todos. «Ved ahí en qué paran las grandezas y glorias del mundo. Los honores no son más que títulos pomposos que el tiempo consume; la gloria y la reputación se pierden en el abismo de un eterno olvido; solo la memoria del justo es eterna, solo la fama del sabio cristiano permanecerá entre las ruinas del universo; solamente el que enseñare esta doctrina y obrare según ella será grande en el reino de los cielos».

Muy bien hacéis al reuniros como buenos y agradecidos hijos en torno de estos despojos mortales, para derramar sobre ellos una lágrima, y para elevar hasta el cielo una ferviente plegaria por aquel espíritu que antes los animaba. Qué hermoso es el agradecimiento. Cuando esta virtud llega a aclimatarse y a echar hondas raíces en el humano corazón lo trastorna de tal manera, y lo eleva a regiones tan encumbradas que no le permiten marearse, ni asfixiarse con esta pesada atmósfera que se respira acá abajo.

Qué espectáculo tan triste y conmovedor es el que tenemos delante de nuestros ojos, los restos venerandos de nuestro querido pastor se hallan encerrados en una caja mortuoria, ya su espíritu inmortal, rompiendo las fuertes ligaduras que le tenían aprisionado en este valle de lágrimas, remontó su vuelo hacia las regiones celestes. Ya la voz incansable de ese celoso pastor, que se hacía sentir desde este mismo lugar santo con maravillosa unción, llamándoos al arrepentimiento y reconciliación con Dios, no resonará jamás; ya no volveréis a oír de sus labios aquellos consejos paternales que eran para vosotros antorchas relucientes que iluminaban el escabroso sendero de la vida en las horas amargas de la perplejidad y la duda, ya las palabras dulcísimas de consuelo y de confianza, que como bálsamo bendito caían sobre vuestro lacerado corazón, han enmudecido para siempre; ya el sacerdote modelo y pastor amado de esta porción del rebaño del Señor, no levantará más entre el cielo y la tierra la hostia de pacificación, para desarmar la diestra omnipotente del Juez irritado por los pecados de los hombres, o para atraer las múltiples bendiciones de lo alto por los actos heroicos de virtud practicados por la casi totalidad de los hijos de esta simpática población.

Ayer no más le veíais recorrer las calles predicando con su ejemplo la doctrina santa del Divino Salvador; le veíais ocupar la cátedra sagrada para esparcir desde ella, sobre el terreno virgen de vuestras almas, la celestial simiente de la palabra evangélica; le dábais el dulce nombre de padre, le buscábais en vuestras dudas, y a él acudíais con presteza para escudaros bajo su manto paternal cuando arreciaban para vosotros las fuertes tempestades, cuando el ciclón maligno de las tentaciones venía a turbar vuestros espíritus, y cuando las crispadas olas de los pesares y tristezas levantaban muy alto vuestros angustiados corazones, para sumergirlos más tarde en el insondable abismo de una fatal desesperación. Le llamábais amigo, y cuando en íntimas confidencias pasábais alegreménte en su compañía alguna parte de vuestro tiempo, os sentíais como cautivados por ese espíritu fascinador que era como peculiar en él; en su magnánimo y caritativo corazón tenían igual acogida el rico y el pobre, el grande y el pequeño.

Yo no os culpo, Señores, si dejáis que el impetuoso torrente de la tristeza venga a inundar vuestro corazón herido; no repruebo si a esa vuestra alma, fustigada por el flagelo de la justicia soberana, le abris sus válvulas y la dejáis desangrar por los ojos en copiosos raudales de lágrimas. Lloró Jesús ante la tumba su amigo Lázaro, cuando sabía que dormía el dulce sueño; qué mucho es que lloréis vosotros ante la tumba de vuestro padre cuando estáis íntimamente convencidos de que no duerme, sino que está muerto?

Pérdida grande fue para todos vosotros la fatal desaparición de este varón cristiano; fuerte, muy fuerte, fué la resonancia que hizo en vuestros corazones el ruido producido por la caída de ese roble; su muerte enlutó vuestras almas, y cubrió de tristeza y aflicción vuestros hogares.

Pero, ah Señores, he hablado mal, dije que ha muerto; nó, los justos no mueren, su vida se cambia pero no se extingue; las almas de los justos, dice el Espíritu Santo, están en la mano de Dios. Este varón sin tacha fué a recoger el fruto de sus constantes labores; fue a ceñirse la corona inmortal de la gloria, correspondiente al inmenso cúmulo de virtudes, pasó, en fin, a mejor vida; después de las tempestades llegó para él la bonanza; después de la lucha, el triunfo, y después de ésta, su gloriosa coronación.

Y no había de ser, de otra manera, porque este incansable operario en la viña del Señor consumió toda su vida como vosotros mismos fuisteis testigos, en procurar la gloria de Dios, en allegar riquezas para el cielo, en trabajar por la salvación de las almas. Bien pudo exclamar él, al terminar

la jornada de sus días, al atardecer de su existencia, al entregar su alma a Dios, con las mismas palabras del Apóstol de las gentes, S. Pablo: "BONUM CERTAMEN CERTAVI? CURSUM CONSUMMAVI FIDEM SERVAVI..."(Tim. Iv. 7,8) He combatido con valor, he concluído la carrera, he guardado la fé, nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada y que me dará el Señor en aquel día como Justo Juez.

Analizad si queréis sus obras; ellas son el fiel testigo de su amor a Dios y de su caridad para con el prójimo.

Sabedor de aquel pasaje de las Santas Escrituras que «El varón obediente ganará victoria», e imitador fiel de aquel Maestro Divino que vino desde el cielo para hacer la voluntad de su Padre que le envió, y ejercitándose en actos de humildad, hizo renuncia de su propio querer, llevó tan alto el sacrificio de su sér, que no vaciló un momento en sujetar su voluntad en manos de su superior; el móvil de todos sus actos, el factor principal de todas sus operaciones fue la estricta obediencia, la sujeción sin límites a los mandatos de Dios, a las doctrinas emanadas de la cátedra de Pedro, a los preceptos y órdenes impuestos por sus prelados; su querer no era otro que el querer de Dios, su voluntad no era otra que la renuncia de su propia voluntad.

Su desprendimiento. Virtud es ésta que no debiera tocarla porque los hechos hablan con más fuerza y elocuencia que mis razones: olvidó siempre aquella palabra MIO, tan frecuentemente repetida en el vocabulario del hombre egoísta y avaro, y la reemplazó por aquella otra, VUESTRO, tan corta y significativa, tan simple pero tan amplia, tan desnuda pero llena de tanta caridad. Por eso, Señores, sus bienes se asemejaban a aquellas fuentes públicas a donde van a tomar su parte todos los que la necesitan; las puertas de su casa estaban abiertas siempre al menesteroso, sus manos extendidas para recibir al desvalido; su corazón desplegado para dar albergue en él al huérfano, a la viuda, al enfermo y al atribulado; era, para resumir su vida en una palabra, PATER PAUPERUM.

Cuánta razón tienen aquellos hombres golpeados por la suerte al mostrarse hondamente conmovidos con la pérdida de tan bondadoso protector. Oh pobres que me escucháis, oh hombres todos favorecidos por ese benemérito servidor, derramad sobre su tumba una lágrima, colocad sobre su féretro alguna flor; más, qué digo, elevad hacia el cielo, en señal de sincera gratitud, una oración ferviente, una piadosa plegaria que llegando hasta el trono del Altísimo, depurada de las manchas contraídas por vuestros indignos labios, se trueque en celeste bendición, y cual piedra de riquísimo va-

lor, acreciente la diadema que circunda sus sienes inmortales.

Bien conocidas son de todas las obras de caridad, religiosidad y magnanimidad que brotaron de su tierno y bondadoso corazón. Quién no admira aquella incansable actividad que desplegó siempre en el cumplimiento de sus deberes; ese infatigable celo por salvar las ovejas del rebaño que le había confiado el Señor?; ese marcado impulso que imprimió a todas las obras que hoy son el ornato de este privilegiado pueblo?; en fin, ese desinterés con que procedió siempre en todos sus actos? A quién sino a él se debe el que esas castísimas palomas, conocidas con el nombre de *Hermanitas de la Caridad* hayan venido a posarse en este suelo bendito y querido, para formar aquí su nido, y formar en esa escuela del sufrimiento y abnegación a esas tiernas niñas que han venido a ser con el tiempo el embeleso, el ornato y el encanto de esta simpática sociedad?

Su nombre, además de vivir en cada una de las obras que dejó, vivirá para siempre en la memoria y en el corazón de todos, porque su porte humilde, su trato amable y su rectitud de miras ganáronle el afecto y la simpatía de sus hijos «NON RECEDET MEMORIA EIUS». (Élcteo, xxxix—13.) Su memoria no se eclipsará jamás.

Hoy se siente mi alma embargada y atravesada por dos corrientes diametralmente opuestas: la alegría y la tristeza. Siento alegría porque descubro en vuestros semblantes la manifestación sincera de un cariño santo, que como purísimo perfume embriaga vuestros espíritus, al presenciarse un acto tan solemne y conmovedor, y siento tristeza, porque la fiesta que celebramos trae a mi memoria el recuerdo de aquel que fue nuestro hermano, vuestro padre, vuestro maestro, vuestro guía, vuestro médico y vuestro consuelo.

Mas no sois vosotros solos los que os sentís abrumados por la honda pena que embarga vuestros corazones; todos los que conocieron de cerca y trataron a ese ilustre sacerdote, a ese insigne varón, lamentan de veras su desaparición; por eso he venido yo en nombre de sus hermanos y amigos a derramar una lágrima de amor y de esperanza ante el recuerdo de sus virtudes; he venido también a endulzarla a margura de vuestras penas, renovadas por esta exhumación y trasposición de sus restos venerandos, y a volver fructuoso vuestro llanto, recordándoos que no debéis contristaros como aquellos que no tienen esperanza «SICUT ET COETERI QUI SPEM NON HABENT».

Permitidme, Señores, pues a ello tengo también derecho,

dejad que yo una a ese apretado haz de oraciones que vais a elevar hasta el cielo, mi pequeña plegaria, mi humilde súplica, para que obliguemos al Omnipotente y Justiciero Dios que conceda, al que fue vuestro pastor y mi hermano, el eterno descanso y que la luz perpetua le alumbré.



FLORES Y TUMBAS

Desde las primeras horas de este día gris de noviembre, mes de tumbas y de brumas, he estado preocupado con la idea de que hoy mismo tengo que escribir algunas líneas para la corona fúnebre del Padre Barco; con este pensamiento fijo y atenaceador, casi obsesionante, como lo es para todo espíritu honrado el cumplimiento de un deber, el pago siquiera parcial, de una deuda de gratitud y de amor, he asistido a una «batalla de flores» en el parque de la «Independencia» de esta vieja ciudad que supo de los minuetos y maestranzas, de las galanterías y amoríos de Virreyes y Capitanes, de juras de Reyes cristianísimos y de triunfos de Libertadores. ¡Curiosas amalgamas las de la imaginación! Durante las horas del festival que acabo de presenciar surgió en mí el tema de los renglones que mi pluma está trazando en memoria del varón cristiano, del inolvidable Cura de almas de mi pueblo.

Pensando en su vida y en su tumba, y mirando las cosas al través del prisma, un tanto melancólico y empequeñecedor de los humanos sucesos, que ante los ojos me puso desde niño mi temperamento delicado y soñador, yo acabo de experimentar tristes sensaciones en este holgorio bogotano y con el arte, siempre mágico y pictórico de la imaginación y del ensueño, he acomodado las alegrías de la hora ajena a la tristeza de mis propios recuerdos.....El derroche de flores y de notas musicales me ha llevado a otras notas y a otras flores.....¡Cuán lejanos están ya esos tiempos! Una rara impresión, como de miedo, siento al tratar de vol-

ver a ellos: es la cobardía ante el dolor de las más apartadas añoranzas.

Era una mañana de luz, toda hecha de arpegios y colores; antes de despertar el sol ya andaban las madres aderezando a sus retoños de primera Comunión; las crestas de la lejanía montañés se fueron envolviendo delicadamente, graciosamente en blondas de topacio gualdá; la coqueta Sacristía y el templo mismo en cuyas puertas se me dijo el *efeta* bautismal estaban engalanadas con las alburas de encajes; de rosas y de lirios..... Al menos tales esplendores creo haber contemplado yo cuando penetrando por la nave del oriente vi como principiaba a officiar el imponente Sacerdote, vestido de blanco y oro, y cómo volaban bajo el alto dombo las notas del organillo aldeano, abrazadas con las voces del Corista Sacristán, las modulaciones de femeninas gargantas y el piar de las conocidas amigas golendrinas..... Mi madre estaba allí conmigo; en pleno vigor de un existir sano y fecundo; hermosa y modesta, con una majestad de dogaresa sin mancha, parecía recoger en el óvalo negro y rútilo de sus grandes pupilas asturianas, todas las luces del templo, todas las armonías del ambiente, toda la gloria de la maternidad cristiana, todo el triunfo de la vida y las blancuras todas del altar..... Inclinábase élla de cuando en cuando a mi oído para repetirme quedamente: «Señor, yo no soy digno de que entréis en mi pobre morada...», y volvía a su negro libro de *Las Delicias* para musitar por mí sus oraciones fervorosas... .. ¡por mí, sólo por mí, para mí sólo, pues las madres se olvidan de sí mismas cuando presentan sus hijos al Señor!..... Allí me veo ahora, de rodillas, juntas las manecitas candorosas sobre el pecho añheloso y palpitante; entreabiertos los labios que no alcanzaban siquiera el balbuceo de una plegaria; con un pavor dulcísimo en el alma, transfigurado, levantado en alas místicas a regiones indescriptibles y recibiendo tembloroso, entre mi madre y el Ministro, ¡oh momento único de la vida! la Forma blanca donde se encubre, como en una corola de anémona, mi Dios, el Dios de mis mayores, el Increado, el Eterno.....

Muchos años hace yá ¡oh amargura de los recuerdos! que desaparecieron el Sacerdote, los Cantores, el organillo y el altar..... La mano progresista del Padre Barco trocó en mármol el maderamen del altar ante el cual se unieron mis padres y que oyó las preces de mi comunión primera; apagáronse en la oscuridad del sepulcro las voces del Sacristán y acompañantes; el organillo humilde, sencillo y de rusticanas melodías, por obra y virtud de ese mismo Presbítero inolvidable, se enriqueció con teclados de múltiples armonías y

hoy, convertido en un similar de los órganos de Harde no Syonley, atruena las naves de mi iglesia querida con la imponente majestad de sus notas de flautas, trompas, violines y cornetas que después de palpar en la atmósfera azul van a perderse en las distantes hondonadas de las serranías en un eco apacible, manso y quizás impregnado de una sugestiva melancolía.....Y el Sacerdote también duerme ya para siempre en el hueco de una tumba a cuyo borde sueltan aromas las amadas flores de sus amados campos.

También fue transformado por el mismo Padre Barco ese cementerio donde hoy reposa y cuyas condiciones de hermosura y arte parece le dan el segundo puesto de honor en el país. Yo no lo conozco después de las variantes de comodidad y estética que le imprimió el Sacerdote incomparable que allí, tendido, cara al cielo, mirando arriba—siquiera sea con las cuencas vacías—finge una flor de virtud abierta a la Esperanza. Concéj y hollaron mis plantas de niño esa tierra sagrada—la que deseaba yo también que fuera mi almohada última—cuando era todavía un cementerio aldeano, escasamente salpicado de algunas borrosas blancuras de tumbas sencillas que se acurrucaban bajo la maleza, heridas por la zarza dominadora. Aun recuerdo los escuetos paredones de la que se llamaba Capilla, lugar sombrío, siempre solo, siempre mudo, siempre abandonado, siempre pavoroso, y agrietándose y desmoronándose lentamente, silenciosamente, como las carnes de Lázaro....Y así, oh viejo cementerio de mi pueblo, así te amé, así te respeté, y así te conservo, respetado y amado, en mis recuerdos! En tí, en el albor de la vida, aprendí por vez primera las lecciones de la muerte; tú llevas en tu seno tres hermanitos adorados y la abuelita sin mancha, bastante ella sola para santificar tu tierra; y del jugo de esa tu tierra hacen parte las lágrimas que verter me hicieron las primeras y verdaderas heridas del corazón.

La mano del Padre Barco, nunca quieta para el bien, te vistió magníficos ropajes, te coronó de florales pancarpías tropicales y te dió ambiente riquísimo de pulcritud y de armonía, mas por eso rechazas a tus llamados de los tiempos pobres, porque tú eres y serás el mismo querido cementerio que me das la imagen de una mesa de ébano con incrustaciones marfilinas al pensar en tu *humus* negro amojonado con los huesos incontables de los amigos y de los ancianos del terruño.....¡Oh viejo, santo y amado cementerio de mi nativo suelo, yo te saludo! ¡Retóname, oh lugar de añoranzas y de lágrimas, retóname, cuando llegué la hora, el abrazo ideal que desde aquí doy a tu tierra, a tus cruces, a tus sepuleros y a tus flores!.....

.....
¡Flores! ¡Flores y más Flores!

Por millares las acabó de ver en la batalla aristocrática cuya contemplación me ha traído a revivir personas y objetos que ya no son. . . . Los ojos y los oídos de la carne anduvieron en las horas que acaban de pasar viendo el derroche de los colores y oyendo los acordados sonos de instrumentos y gargantas; pero la retina de mi espíritu aprisionó la imagen de otros seres y flores de otros campos, y mis oídos oyeron una música más solemne, más ensoñadora; porque es la orquestación de los recuerdos y del dolor. . . .

Todas las corolas aromadas que en el recogimiento de esta hora de pensamientos melancólicos pueda haber hallado en mi mundo de ensueño, y todos estos recuerdos, que son perfumes del alma, los coloco sobre la tumba del inolvidable Padre Barco; inolvidable para mí, en verdad, pues hace tiempos una voz de poeta me murmuró muy quedo que

*así como el idólatra del oro
guarda siempre el tesoro
de su morada en el rincón obscuro,
yo de ese justo la adorable historia
escondí en el rincón de mi memoria
donde suelo guardar todo lo puro.*

EUSEBIO ROBLEDO

Bogotá, noviembre de 1917.



pronunciado por el doctor Enrique Isaza S. en el Cementerio ante la peregrinación organizada por las señoras y señoritas para llevar flores a la tumba del P. Barco.

Señoras, Señores.

Un lustro hace hoy que bajo la mudez y el frío de una piedra, duerme el dulce Pastor de esta grey que viene conmovida, llenas las manos de flores y de bendiciones el labio, a renovar la ofrenda de su cariño y el dolor de su alma.

El eco melancólico del llanto que en aquel día infausto de su muerte resonara en esta triste mansión de los que fueron, no se ha apagado un momento y en sus oquedades misteriosas repite con hondo acento que el Padre Barco ya no existe. El santo sacerdote en cuyas manos de pureza mística se levantó la Hostia que niños inocentes todavía, recibimos alborozados y fervorosos el día bendito de nuestra primera Comunión bajo las bóvedas de aquel hermoso templo, que guarda impolutas las emociones castas y los rezos fervientes de aquel día blanco y feliz de nuestra vida. El Pastor amantísimo que buseó incansable por todos los caminos las almas que El Señor le encomendara. El sabio conductor de este pueblo que mantuvo unido con el mágico poder de su palabra y el imán poderoso de sus virtudes. El Padre tierno que tendió su mano generosa a cuantos buscaron en él la paz del alma. El corazón mil veces caritativo que partió su escaso pan con los hermanos hambrientos y el techo con los desamparados. El espíritu noble y bondadoso que devolvió siempre una sonrisa dulce a la flecha envenenada del odio. El ciudadano cumplido, alto exponente de virtudes cívicas. El Apóstol ferviente que predicó infatigable la caridad y la fraternidad; para quien el mandato divino del perdón fué el pedestal de la virtud humana. Y así, cual otro Francisco de Asís, buseó en el mundo un tesoro de amor y lo legó a sus hijos como la más viva prenda de la fraternidad.

Larga sería la tarea de enumerar tan sólo las virtudes y cualidades que integraron su personalidad moral. Cada una de aquellas ha venido acrecentándose ante nuestras conciencias a medida que el tiempo, Juez inapelable, va delineando con vivos caracteres aquella figura de hermosos rasgos y salientes perfiles.

Dejemos aquella obra a la pluma autorizada de nuestros escritores, quienes han hecho ya el bosquejo de aquel es-



píritu nobilísimo, cuyo homenaje nos reúne en esta hora no menos triste que solemne y abramos nosotros entre tanto el libro de sus recuerdos que allí sentiremos palpar su corazón de padre y aspiraremos una vez más la suave fragancia de sus virtudes.

Todas las tardes mientras el sol moría tras de aquellas azules montañas, testigos mudos de sus afanes y sus congojas, el Padre Barco reflexivo a veces o lleno de inquieta alegría llegaba a este mismo sitio donde hoy se levanta el relicario de sus cenizas; talvez atraído por la solemnidad de la hora o por la paz y el silencio de este sitio, ya por la dulce melancolía que traen al alma los últimos rayos del crepúsculo, ora por el ansia de visitar sus muertos o en busca de una anhelada soledad a cuya sombra su espíritu se fortalecía y abrevaba la savia fecunda que hizo de él la corpulenta ceiba florecida que fué abrigo de un pueblo, en la hora cálida, cuando los rayos quemantes de las pasiones sofocaban los espíritus, y la sangre amenazaba correr en los surcos de la viña que amorosamente cultivó.

Desde este mismo sitio, a los últimos resplandores de la tarde apacible, bendijo a sus hijos muertos, y cuando las sombras de la noche envolvían las tumbas, tornaba a su modesto hogar poblada la mente de meditaciones.

¿No es verdad que es altamente atractivo este sitio, y que en él encuentra nuestro pensamiento su imagen a cada instante? Aquí tenéis los árboles que el Pastor amado cultivó con esmero casi tierno: Obedecieron dócilmente a su mano cariñosa y tomaron las formas que les ordenara su exquisito gusto estético. Conservando aquellas formas lo han esperado durante cinco años; era justo que llegara; y aquí esta ya, no festivo y alegre, ni arrogante y discreto, ni afable y bondadoso, porque la muerte tronchó su existencia; pero sí engrandecido por el homenaje de un pueblo entero que ha sabido apreciar la obra que llevó a cabo en su ministerio.

En adelante estos árboles serán sus guardianes; todos los días le ofrecerán sus lágrimas en forma de rocío; le arrullarán con el susurro tenue de sus hojas que, al caer, nos dan la más completa imagen de la muerte. Aquel árbol copudo que se levanta al cielo con majestuosa calma, parece decirle: Ayer me diste riego y yo en cambio te daré mi sombra bienhechora. Sí, éstos sus compañeros y sus amigos reclamaban que estuviera más cerca para darle sus caricias, para hacerle compañía, para decirle muchas cosas en su lenguaje mudo, allá en la calma de la noche cuando todo duerme. Oyendo esa voz misteriosa, tus hijos levantaron esta columna que hubieran querido llevar hasta el cielo recorriendo

el mismo camino que llevó tu alma cuando alzó el vuelo!

Si tus ojos vieran.....oh! Pastor inolvidable, la hermosa floración humana que circunda la urna que te guarda, derramarías entonces copiosas lágrimas de ternura. ¡Almas de vírginal encanto que abrieron sus corolas al amparo de tus cuidados! ¡Oh Jardinero espiritual!; manos blancas y puras que traen a porfía el más hermoso símbolo del amor que te profesan; santas matronas que han llorado mil veces tu ausencia y enseñaron a sus hijos a balbucir tu nombre; ojosecetos y dulces y profundos dó se refleja la tristeza de esta hora. Y al lado de la gracia, el candor y la belleza, el grupo predilecto de tu cariño: los artesanos, núcleo de corazones generosos donde se esconde la más noble veneración a tu memoria.

Y mientras duermes el sueño postrero al calor de nuestros corazones, tú velarás nuestro destino, tu amor será la santa egida y tus enseñanzas nos mostrarán el camino. Porque tu palabra cayó en nuestros corazones como polen fecundante de bien, y al riego de tu piedad, y de tu celo nació la gratitud que nos hace bendecir a diario tu nombre.

«Si morir no es perecer», tú vivirás en la memoria de este pueblo, en el cual inculcaste con sabiduría y con amor las enseñanzas del Cristo, donde flota tu espíritu, mientras nuestro corazón siente el vacío de tu ausencia y nuestro labio modula tu nombre levantando un himno de gratitud a tu memoria.

EL PADRE BARCO

Es, sin duda, una alta misión que los pueblos enaltezcan a sus grandes maestros y benefactores a quienes deben alguna sublime enseñanza o alguno de aquellos beneficios que no parecen sino por concesión del cielo como para recordarnos que nuestra existencia no es meramente animal. El cumplimiento de esa misión en pro de los escogidos excelsos, el culto a su augusta memoria, es un deber ineludible para los que sobreviven y tienen la solemnidad de lo sagrado y eterno, porque pertenece a la justicia remuneratoria con que la Providencia puso un sello a todas sus obras. Así se pagan, en la moneda de más alto precio que ellos habrán de estimar desde lo alto de su nueva existencia sus nobles sacrificios.

El tributo de amor, de gratitud y admiración que hoy consagra la sociedad de Salamina a la veneranda memoria del inclito varón que llevó el nombre de José Joaquín Barco, verdadero pastor de almas que la condujo por tantos años al través de ese oleaje de la vida en cuyos innumerables escollos tropezamos sin cesar, es también una enseñanza para nuestros hijos, en cuya memoria debemos grabarlo eternamente. Fuera posible al ingenio humano estereotipar todas sus obras y conservar en fonógrafo milagroso el verbo caloroso y chispeante en que hubo de poner su alma de apóstol, y habríamos de perpetuar con verdadera unción todos sus actos en una realidad de vida interna, sin fin, y conservar palpitante y sonoro el eco de sus pláticas inolvidables, pláticas que convirtieron en un Sinaí la tribuna sagrada desde la cual dictaba hasta poco ha, sus enseñanzas para el Cielo.

Hoy está aún de pie, por milagro del amor, su egregia imagen a los ojos de todos los que reverenciamos su memoria, y para contemplarle, reconfortándonos en las esperanzas y el consuelo que siempre procuró infundir en nuestro espíritu, nos congregamos en la solemnidad de esta fecha. En esta solemnidad dominan a la vez la grandeza de la transfiguración de sus grandes virtudes, la ingente gratitud de todo un pueblo que quiere vivir todavía pendiente de sus labios, y el dolor santo y profundo que pesa sobre nuestros corazones.

El Padre Barco no ha muerto; él vive hoy con vida interna para perpetuar en el seno de nuestras familias la hermosa misión a que vino predestinado y en que se mostró verdadero discípulo del predicador de Galilea. De nosotros depende ahora que continuemos contemplándole a la vez a

la luz de este mundo y a las claridades de lo eterno, y que siga siendo el númen de nuestros hogares y vigilante cariñoso de nuestro destino. Quién no le siente presente todavía? ¿Quién no contempla su arrogante figura al cruzar nuestras calles o al ambiente del templo, avanzando siempre con su nimbo seráfico hacia sus santos oficios, y no escucha aún su potente voz llena de un timbre majestuoso haciendo estremecer las almas con su verbo inflamado, en que fluían en torrentes las más vívidas imágenes, la gracia en el decir que tanta amenidad daba a su predicación las galas del discurso en que fue artífice inteligente, sabios principios de moral, consejos y exhortaciones de la más acendrada moral? Hasta la censura con que sabía vapular nuestras faltas, aun a sabiendas de que los oyentes conocerían los infractores a quienes aludía,—muchas veces sus amigos más cercanos—se hallaba en tal armonía con la alta enseñanza que trataba de inculcar en el corazón de su pueblo, que jamás dió motivo a la menor tacha por parte del ofendido. Nada prueba mejor que esto la alteza de su misión.

Ninguno de los hijos de Salamina del tiempo en que esta población tuvo la fortuna de ver al excimio sacerdote presidiendo sus destinos, habrá que no tenga una deuda particularísima de gratitud para con nuestro amado Padre Barco, principalmente los menesterosos y afligidos. Es el momento de elevar hasta el cielo con nuestras lágrimas evaporadas hacia él el más anheloso suspiro de amor y gratitud. Y si nos escucha aun, si es verdad según los filósofos de la psicología, que nuestros queridos muertos continúan más allá su obra de mejoramiento de los vivos y presiden en silencio la vida de nuestros hogares, elevemos hasta él nuestra voz impetrando todavía su protección y hablémosle aún de nuestro imperecedero agradecimiento a su mano y a su corazón.

PEDRO M. OSPINA



DISCURSO

pronunciado por el doctor Jaime Mejía en el Cementerio, el día 12 de diciembre.

Señores:

Hoy que la tierra cruel vuelve a la vista de los mortales los restos venerandos del eximio varón que ha saturado con su carne, como reliquia de fecunda simiente, el suelo solitario de la capilla de nuestro hermoso camposanto, me toca por segunda vez hablaros de los muchos dones que adornaban al que en vida se llamó José Joaquín Barco.

A mí me corresponde, por honrosa designación, trazar dos líneas sobre su peregrina existencia, considerándolo solamente como hombre de tacto social.

Más de treinta años estuvimos bajo la égida de su mente pensadora y en ese lapso de tiempo, este pueblo fue beneficiado, en su estructura moral, de una manera seductora y feliz. Su amor de padre espiritual se fue infiltrando en el alma del pueblo de tal manera que aristócratas y plebeyos seguían sus enseñanzas con la convicción de que venían de un verdadero apóstol de Cristo. Hablaba a sus hijos con una convicción tan clara que iba palpando en el auditorio el efecto de sus arengas y una vez decidido a dar una carga sobre los reductos del vicio, se erguía, y con todo el fuego de su alma desbarataba el andamiaje del error y paseaba luego el pabellón victorioso como por un campo de amapolas, sonriente y satisfecho de la conquista obtenida, sin aguardar más recompensa que la satisfacción de estar haciendo el bien.

Una sola línea fue la trayectoria de su conducta y como era recta como un meridiano, se enfadaba con el zig-zag de la conciencia de los hombres; pero con su modestia, su virtud, su sobriedad, su justicia y su aire de un Cardenal Mercier, se impuso y dominó toda la grey como un general con su espada de vencedor.

Para él eran iguales el proletario y el rico, el obrero y el abogado, la dama y la sirvienta, el político y el neutral; él los medía a todos con la vara de la justicia y no tenía en cuenta el ropaje terrenal al que consideraba como mero incidente para remontarse hasta el ideal Divino en donde quería ver a sus amados hijos disfrutando de la bienaventuranza.

«Superabundaba en máximas de espiritual doctrina y

brillaba por el esplendor de su vida piadosa».

En donde ejercía su poder y mostraba más claramente toda la fuerza dominadora de su espíritu, era en las pláticas doctrinales; con lenguaje sencillo y adaptado al criterio de sus oyentes exponía trozos del evangelio los que amenizaba con anécdotas claras y siempre adaptadas al asunto: «Somos embajadores en nombre de Cristo» y ceñido a estas palabras de San Pablo predicaba para que le entendieran y durante el tiempo que predicó en el lenguaje del apóstol, reinaba entre nosotros la armonía más envidiable y se veía la corrección de las costumbres en el pueblo que escuchaba aquella palabra convincente.

Duño, como estaba, de la voluntad de su pueblo y alejado de toda pasión que pudiera zaherir o mortificar a sus ovejas, espiritualizaba los corazones más tibios y los hacía entrar en una vida menos terrena para pensar en la conquista del futuro.

Podía haber suscrito la admirable encíclica del Soberano Pontífice Benedicto XV (*Humani generis*).

Fue para el reverendo Padre Barco vedado el campo de la política y si alguna vez le oímos, en frases vehementes, aconsejar el desconocimiento de la autoridad civil, ello provenía del origen violento de que estaba investida esa autoridad: un golpe de cuartel había derrocado al gobierno legítimamente constituido y para la conciencia del recto Ministro de Dios, la ley había sido violada y el orden de cosas no tenía razón de subsistir. Ese rechazo, dado por un hombre de grande autoridad moral, fue una voz de protesta a las democracias latinas tan propensas a las revoluciones cuartelarias y a la disociación de los pueblos y de las sociedades, merecedores siempre de una paz justiciera y de una aurora de grandes esperanzas.

Por lo demás, el templo fue siempre el refugio de los católicos y allí se entraba con unición porque en el interior de ese Santuario no había castas, ni partidos, ni selección de unidades. Con esto enseñaba a respetar las opiniones ajenas y a suavizar la vida entre los hermanos de la cristiandad.

En todos los campos se veía la honradez del virtuoso sacerdote y hasta en los más pequeños detalles se alcanzaba a comprender el más delicado tacto para manejar las muchedumbres.

El pueblo colombiano es católico y los Ministros del Culto no tienen otra misión que disciplinar las almas, armonizar los corazones e inspirarse en las sabias doctrinas de Cristo para infundir a su pueblo la fe y el amor de aquellas enseñanzas del que sufrió el azote de los judíos y la afrenta

del Calvario por dejar pura y santificada una idea que ha redimido al género humano. Así, nuestro amado Pastor no repelía a los católicos y antes bien, los atraía, los juntaba y pasaba por ellos como por encima de una piel dolorida el bálsamo suave del consejo que adormecía y anestesiaba las rudas asperezas de los corazones fatigados por el hastío de la vida. La plasticidad del pueblo de Salamina está hecha para las modelaciones y el escultor que quiera formar de esa argamaza un bloque perfecto, lo hará con su genio de escultor, como también hará un angel rebelde, si el artífice así lo quiere.

De cuánto es capaz un hombre que se inspira en una sana doctrina! Esta fiesta que desborda en fervor religioso y pone en antagonismo a los diferentes gremios para hacer resaltar la gratitud hacia las prendas del incansable luchador, pregona esa ley de dinámica social.

Donde se hacía más claro el dón de gentes que poseía el P. Barco, era en su gabinete. Recibía con cultura al que llegaba a pedirle consejo, bien se rozara con la amistad o bien, con el desempeño de su delicado ministerio investido como estaba, de esa doble fuerza que hace a los hombres capaces de subyugar y convencer, hacía prodigios suavizando las costumbres de los que formaban del hogar un infierno y de la vida, una lucha de alcones.

El P. Barco hizo más bienes en su consultorio privado que en el confesionario y en el púlpito. Con su inspiración de varón sagaz apagó muchos incendios y previno desenlaces desgraciados: las cuitas, los grandes pesares, las espinas hincadas en muchos corazones como ponzoña venenosa, los choques de la amistad, los sinsabores de la vida y el rechazo de la conciencia hacia los desperfectos humanos; toda esa patología del alma que es más sensible y difícil de comprender que los dolores corporales, encontraba remedio en la ciencia del médico espiritual que oía la consulta y curaba con la palabra.

Como manejaba la crítica y la ironía con un sarcasmo tremendos, apelaba a estas dos armas en los casos oportunos para desbaratar problemas que se planteaban en contra de sus opiniones y de sus enseñanzas de moral.

Como les sucede a todos los hombres dirigentes, tuvo momentos de exageración en el cumplimiento de su deber y en esos espasmos de delicadeza profesional, exaltaba la sensibilidad de los oyentes pero como no hacía alarde de sus palabras, ni se retractaba de ellas porque estaba en su mente que eso era así, una vez en la calle, seguía sereno y callado con la misma amarga dulzura de antes y con